

“LA CURVA
DE LA
FELICIDAD”

De DINO ARMAS

PERSONAJE:

NORA

(Cuando el público entra a la sala, Nora ya está en escena. Deambula por todo el escenario. Disimula para espiar a la gente que entra. Se pone de perfil y mira de reojo. Tira, a propósito, un papel al suelo y – al levantarlo – recorre con la vista la platea. Se suena la nariz con un pañuelo descartable y mira por encima de él. Ahoga una tos. De uno de sus bolsillos saca un caramelo, lo desenvuelve. Se lo va a llevar a la boca. Se detiene. Niega con su cabeza. Lo envuelve y lo guarda. Viste un uniforme de enfermera, donde rechina un cinturón dorado muy brillante. Blancos son: el piso, el panorama, la silla metálica y el bolso que está al lado. Por eso sería conveniente que todos los elementos que vaya usando Nora: pañuelo, papeles, carta, guantes, etc., sean de colores muy fuertes. La música, que comenzó cuando entró el público, es asordinada y recuerda la de los consultorios de los dentistas.

En determinado momento se sienta en la silla y comienza a hablarle al público. Los primeros parlamentos no se oyen ni se entienden. Son un murmullo que, de a poco, se va haciendo inteligible.)

NORA – Me fui de la carísima clínica “Campos de Algodón” el 23 de diciembre. Salí por la puerta principal con la frente bien alta. Yo no estaba dispuesta a pasar otra Nochebuena ni otra Navidad con un caldito de calabaza sin sal, una pata de gallina vieja y desabrida y – tal vez – con mucha suerte, algún merengue de postre. Yo quería y tenía derecho a mi lechón al horno, a nueces, avellanas y almendras y – al llegar las doce – apretar con una mano al litro de helado de dulce de leche y levantar con la otra la fina copa de champán rosé. Yo, en los “Campos de Algodón” siempre me hacía la dormida porque así podía vigilarlos bien. Y, sobre todo, podía ver y escuchar. Ellas, las enfermeras y ellos, los doctores, creían que

me tenían dopada. Me daban pastillas de todos los colores y tamaños. Yo hacía que las tomaba y no bien me daban la espalda, las escupía o las escondía debajo de la almohada... Pastillitas a mí... a esta altura de mi vida. Ellos venían con las dichas pastillas de colores en la mano o, los más prolijos, sobre una bandeja y me decían con aquel tonito que cada día me molestaba más: “A ver m’ijita. Abra esa boquita. Tenemos que tomarnos esta pastilla” ... Tenemos que tomarnos? Hablaba de nosotros dos pero era yo sola la que me tenía que tragar la pastilla. Después estaba el: “Vamos, gordita linda. Te traje un caramelito.” O el más terrible para mí: “Abuelita... tengo un regalito para vos.” (*se va encrespando*) M’ijita... gordita... abuelita... Qué falta de tacto, de psicología. A mí, a mí, jamás se me pasó por la cabeza decirle a ninguno de ellos – por más que lo pensara -: “Flaquita qué asquito me das”; “Viejito peladito qué mal que te quedan esos lenticitos”; “Nenita, tenés las manos friítas” ... Esa manera de hablarme con diminutivos me enervaba y me enerva todavía. Yo, según ellos, tenía boquita y no boca. Tenía que tomar la pastillita y no la pastilla. Saborear un caramelito en vez de un caramelo. Les juro que hubo más de un momento en el que me hubiera levantado de golpe y les hubiese encajado – de buena gana- una trompada bien dada. (*sonríe*) Mejor dicho: una trompadita. Y una buena puteadita no hubiese estado mal tampoco. Pero yo misma me calmaba. Me decía para mis adentros: “Tranquila, Nora, tranquila. Ya falta poco.” Ese poco fue el 23 de diciembre. Bendita fecha. Está subrayada en rojo en todos los almanaques y en mi agenda. Fue nacer otra vez. Mi nuevo cumpleaños. Lo que más me decidió a escapar de la Clínica privada hospital fue oír a Rosita, la nurse de la noche, una yegua de marca mayor... (*se detiene. Se tapa la*

boca) Van a tener que disculparme. A veces se me escapa una que otra mala palabra. Mi terapeuta me dijo que tengo que verbalizar lo que siento. Yo, puteando o carajeando, me siento auténtica. Así como todas las gorditas somos lindas y buenas; yo, además, soy auténtica. *(pregunta al público)* En qué iba...? *(rápida sigue)* Ya me acuerdo. En lo de Rosita, la nurse. *(seria)* Precisaré tomar algo para la memoria? Tal vez té de ginko biloba? Será un principio de Alzheimer, como tiene la que te dije? *(aleja los pensamientos con un gesto de su mano)* Bueno... lo pensaré mañana. Estaba en que el 23 de diciembre oí decir fuerte a Rosita cuando estaba ocupada poniéndome el termómetro en el ano... Vieron? No dije culo. Yo cuando quiero ser fina y educada, lo soy. Pero si me buscan... me encuentran. Para mí que Rosita era medio sádica porque teniendo la boca y las axilas siempre terminaba enchufándome el dichoso termómetro en mí... *(intenta ser graciosa o pícaro)* ... colita. Bué... en cierto punto la entiendo. Mi boca estaba llena de llagas y aftas y en las axilas tenía una erupción brutal, una especie de alergia que no se me ha ido todavía. *(se detiene. Como descubriendo el concepto)* Pero qué cosa, no? Basta que uno se ponga a hablar de enfermedades y ya no puede parar. Alcanza con que alguien diga: "Me duele tanto la rodilla..." para que el que está al lado salte con: "A mí me duele la pierna entera. Desde el dedo gordo del pie hasta la ingle. Casi me tuvieron que cortar la pierna". *(ríe fuerte)* A mí, hablar de enfermedades no me trauma para nada. Es más, me gusta. Odio a esa gente que habla del tiempo, de los horóscopos o del político de turno. Ah... pero me estoy yendo por las ramas... *(se pone seria. Puede levantarse o señalar a alguien)* Chistes no, eh? No. Más de uno creyéndose original, alguna vez, me gritó por mi

gordura: “King Kong”, “Moby Dick” o “Vagón de ferrocarril”. *(desafiante)* Lo mío no es grasa. Es hermosura. Y para los burros: agarren las enciclopedias de arte que no muerden y vean las modelos de Rubens y las de Botero. Y paro con ese tema acá. Porque si no, no sigo adelante. *(vuelve a sentarse)* Bueno... lo cierto es que Rosita dijo, muy suelta de cuerpo, como si yo no estuviera ahí: *(la imita)* “Hay un cotolengo entero en este piso. Ellos no cumplen años, cumplen siglos”. Ahh... cómo tengo presente a mi madrina, la del Cerrito de la Victoria. Qué mujer tan sabia! Ella siempre decía: “Los negros, los maricas, los judíos y los gordos tendrían que desaparecer de la faz de la tierra.” Yo, de costado, con el termómetro metido en el culo, crucé mis dedos y me dije para adentro: La boca se te haga un chicle. Al otro día me fui. Lo que más me decidió no fue el dicho de Rosita sino, enterarme, que Ramiro iba a pasar las fiestas con su esposa y los hijos: la maestra Stella y los mellizos: el Maikol y la Mariela Karen. Que quién es Ramiro? El único profesional de la salud que había en esa clínica que salía un ojo de la cara. Ramiro tenía vocación de servicio. Las otras eran unas brutas totales. Rosita... Ethel... Lo de Rosita era mandar. *(la imita otra vez)* “Enfermera tráigame una gasa”, “Enfermera póngale la chata”. Y Ethel... Ethel era nueva. Según lo que pesqué: una recomendada. Estoy segura que ni siquiera tendría el curso de Cruz Roja que se da en los sextos años de las escuelas públicas. Una inútil total. Buena para nada. Una torpe que quiso moverme a lo bruto y me hizo una hernia así. *(exagera con las manos)* Acá, en la ingle... *(queda turbada. Se ruboriza)* Ya van dos veces que dije esa palabra. *(tal vez mordiéndose un dedo)* Cuando yo era chica mi madre decía y nos hacía decir: “las partes”. “Esas son las partes”. “A las partes hay que

cuidarlas.” “No te podés andar tocando las partes, Nora”. *(con un gesto aparte esos recuerdos)* Por la bendita hernia de la torpe Ethel me pusieron una malla elástica que iba de acá *(señala debajo de sus senos)* hasta mi pubis. “Pubis *(informa doctoralmente y casi al pasar)* es otra de las partes.” La malla elástica era tan apretada que parecía hecha con alambres de púa. Toda yo era una palpitante llaga viva. El único ser viviente que se dio cuenta de mi dolor fue Ramiro. El, jamás de los jamases, me dijo gordita, ni m’ijita y mucho menos abuelita. El me decía Nora o señorita Nora. Qué mano que tenía Ramiro para pasar la esponja y el alcohol! Además lo hacía cantando. Cuando me preguntó qué estilo me gustaba más, yo tardé en aterrizar. Hasta que pude entender que él cantaba tango o melódico y que el enfermo – en este caso yo – podía elegir el tema musical, la canción que acompañara su trabajo de curar. Mis llagas iban a tener una melodía en vivo. Era como un “Dedique su disco” o “Pida su tema musical”, pero llevado a una fría sala de hospital. Yo elegí boleros. Y él, Ramiro, me dijo: “Ese es mi fuerte, Nora”. Y entonces, a la par que empapaba una bola de algodón en agua oxigenada tibia – otro detalle – y me la apoyaba, con ternura, por toda mi anatomía, arrancó con aquellos de: *(Nora canta y baila. De su bolso saca dos placas y hace ritmo con ellas)* “Que se quede el infinito sin estrellas o que pierda el ancho mar su inmensidad, pero el negro de tus ojos que no muera, piel canela de tu piel se quede igual. Si perdiera el arco iris su belleza y las flores su perfume y su color, no sería tan inmensa mi tristeza como aquella de quedarme sin tu amor...” Ahhh... *(agita las placas)* ... cuando llegó a: “Me importas tú y tú y tú. Y solamente tú y tú y tú. Y nadie más que túúúú...” su gran mano enguantada, con

el algodón tibio chorreando entre sus gruesos dedos, se metió entre “mis partes” yo... yo acabé. (*rápida se tapa la cara con las placas. Luego las va bajando lentamente. Al público*) Acabar se puede y se tiene que decir. No hay otra palabra para expresar eso. Y era matemático. El le entraba al algodón tibio y al bolero y yo acababa. (*con orgullo*) A mí, en la vida, sólo me tocaron dos hombres: Ramiro y mi padre. Pocas mujeres pueden decir lo mismo. El enfermero Ramiro y mi padre. Ningún otro. (*mientras guarda las placas*) Bueno... Tampoco nadie lo intentó... (*cursi*) Ahh... Las palizas de mi padre y las caricias de Ramiro... Los dos casi con manos iguales. Los dos con palmas anchas donde se veían claras y marcadas las líneas de la vida. Los dos con sus dedos largos y finos rematados por uñas perfectamente manicuradas. Los dos con aquellos vellos en la parte de arriba de los dedos... Lo único diferente que tenían era el calor de las manos. Las de Ramiro, tibias. Las de mi padre frías, heladas. Seguramente que por esa temperatura corporal, los golpes de mi padre dolían tanto. Yo me los buscaba. Se me tenía prohibido, terminantemente, el comer chocolates, caramelos, bombones y... ¡ay! ... hasta el dulce de leche... A él no le gustaba verme tan gordita. El me cuidaba, decía... Yo me escondía para atragantarme con esos dulces. Cualquier escondite me venía bien. Debajo de la cama, adentro del baño, atrás del jacarandá... Pero fuera donde fuera yo, papá me encontraba. Primero era el manotón que hacía volar el caramelo, la cuchara de dulce o lo que fuera y después... (*casi con placer*) ... después los golpes en las nalgas... Ahí sí se parecían Ramiro y papito. Los dos me hacían sentir algo. Yo aguantaba estoica los golpes de papito. Sabía que después me bastaba un “puchero” de enojo con los labios, dos o tres lagrimitas o, a lo

sumo, un berrinche para llenarlo de culpa. Y el papá de la nena lleno de culpas, qué hacía? Al otro día le traía a la nena del papá una caja de bombones importados, un quilo de masas o una bolsa, así, de chupa-chupas. Nuestra relación, hasta que se murió de viejo, siempre se dio así: el comer a escondidas, yo. Los golpes, él. La culpa compartida de los dos: los regalos de él que yo me los comía. Pobre papá que Dios lo tenga en su gloria, pero siempre fui yo la más fuerte. Y cómo lo extraño! Cuando abro la heladera de noche y me zampo unas cucharadas de helado con crema chantilly, siempre miro para atrás esperando el cachetazo de papá. Ah... tengo que apartar esos recuerdos. El de papá? No, el del helado con chantilly. Ahora estoy a dieta. La de la manzana y el caldo descremado. Llevo... (*cuenta muda con los dedos*) ... tres horas y quince minutos. Tengo que ser fuerte. Tanto como lo fui ese fin de semana en el que Ramiro me dijo que el 24 de diciembre él lo iba a pasar con su familia. El me puso, como quien dice, de patitas en la calle. Yo no podía dejar más que las garras de Rosita y de Ethel se posaran sobre mi cuerpo. En el fondo-fondo todas las flacas son envidiosas. Yo, estoy segurísima, soy una sobreviviente. Al irme, como soy bien educada, dejé tres cartas. Una, perfumada, para Ramiro. Las otras dos para Rosita y Ethel. Las de ellas puteándolas de arriba abajo. En la de él, le puse, así, al pasar, como sin querer, mi número de teléfono y – por las dudas – mi dirección. El irme fue facilísimo. Hacía rato que yo venía observando a una enfermera que era más gorda que yo. A la pobre la tenían para traer los desayunos (*despectiva*) Desayunos... bah... si desayuno si se puede llamar a una taza de té con leche aguada y a dos o tres rosquitas duras. Las otras le decían a la del desayuno: “Doble ancho”. Y yo que –

aunque no lo parezca – soy viva como un rayo, averiguando, averiguando, me enteré donde guardaban sus uniformes las enfermeras, fueran flacas o gordas. Me costó encontrar el de “Doble ancho”. No lo encontraba porque pensé que era una sábana de dos plazas. La verdad es que el uniforme de ella me quedó grande. Miren si no. Lo tuve que entrar de sisa. *(se oye música de un típico desfile de modas. Nora camina como en una pasarela. Hace “paraditas” para hablar)* Nora luce un uniforme en color crudo con botones y bolsillos aplicados al tono. El “touch” divertido y el glamour lo da el cinturón dorado. El largo es el que se va a llevar esta temporada... *(“rompe” su discurso de modelo y en el tono de ella dice:)* El largo se lo di yo. Miren cuánto dobladillo le tuve que hacer. “Doble ancho” lo llevaba a la altura de los tobillos porque no podía mostrar sus macetas. Pero yo, por suerte, tengo unas lindas piernas... *(pícaro levanta de más el uniforme. Queda en una pose que – para ella – es provocativa. Un momento así, en pose fija y luego baja de golpe el uniforme y su tono se vuelve serio, sombrío.)* Le dejé una notita a la doctora Nancy Firpo. Doctora... más bien: una veterinaria de barrio. Le puse alguna que otra palabra subida de tono. Muchas no. Lo justo para no quedar yo como una ordinaria. Y en una delicada posdata le mandé saludos a su madrina, la del Cerrito de la Victoria. Mil veces me imaginé la cara de la doctora Firpo leyendo la carta. Seguramente ella anotó en la hoja clínica lo que siempre repetía creyendo que yo estaba en baba: *(la imita)* “Ya está la gorda haciendo pamento” *(hace un corte de manga)* Pamento de acá! La quisiera ver a ella con una sola de todas las enfermedades que tuve y tengo. No sé si su cuerpito de anoréxica las aguantaba. *(melodramática)* La estaba en los “Campos de

Algodón” fue lo peor de mi vida. Ahí me enfrenté, cara a cara, con la mala praxis. Y le gané. A ella y a todos los matasanos con diploma en la pared y chapa en la puerta. Primero fue mi neumonía, detectada a destiempo por ellos, que me trajo un sin fin de enfermedades que todavía arrastro. Tuve – dijeron – Estrés, virus nuevos, defensas bajas. *(ríe)* Las tres palabras más usadas por esos chupasangres cuando no dan con la tecla. Yo, a esta altura del partido, sé más de medicina que cualquier doctor. *(al público)* Vamos a jugar. Los desafío. Es un juego de memoria. Sólo tienen que prestar atención y recordar. Para qué después no digan que son inventos míos. *(contando con los dedos)* Ya nombré a la neumonía y al estrés, las defensas bajas y los virus nuevos... *(se atraganta con saliva y tose)* Y esta tos que no se me va con nada. *(señalando)* Y van cuatro enfermedades. Atentos; acá yo dejo de contar mis enfermedades y ustedes siguen solos. Vivo porque Dios es grande. Por casualidad, en unos chequeos, me detectaron paludismo y – por si eso fuera poco – hemorroides. *(señala seis con sus manos. No dice el número en voz alta. En tono suficiente:)* “El paludismo es una enfermedad infecciosa producida por la especie *Plasmodium vivax* o *Plasmodium ovale*...” Qué caras de no entender nada de nada. Se los hago fácil: se trasmite por la picadura de la mosquita hembra... *(contoneándose)* Siempre las hembras. Las mujeres somos fatales. *(se recompone. Sigue con su relato regodeándose)* Clínicamente, el paludismo produce: escalofríos, fiebre, sudoraciones... Todo eso lo pasé yo. La fiebre puede alcanzar los 40 grados. La mía llegó a 42. Además puede provocar: anemia, hipertrofia del brazo y del hígado. Yo tuve las tres cosas. *(seria)* Las hemorroides no se las voy a definir. Es de mal gusto y yo soy una

dama. *(fiera)* Estoy segurísima que a esa mosquita palúdica la habrán tenido congelada la doctora Firpo o cualquiera de las otras y me enchufaron a mí. Pero yo soy de mirar el vaso medio lleno y no el vacío. Me encantó tener paludismo. Mis pocas amigas quedaron muertas. El paludismo es tan chic! Suena a trópico, a palmeras, a coco y a negros que te abanicen. Yo no me podía mover. No podía hacer un gesto. No podía ni comer. No podía hablar... *(da un hondo suspiro. Un gesto al público para que la espere. De su bolso saca un abanico. Se da aire con fuerza. Pequeña pausa)* Aaahhh... Cada vez que lo recuerdo me da vértigo y hasta “panic attacks”. *(retoma con más brío su relato)* Hasta sentí que perdía la vista. *(se para e imita a un ciego)* Yo ya me veía ciega, sorda, muda e inválida. *(dramática)* Fue espantoso lo que pasé. No se lo deseo ni a mi peor enemigo. Aunque pensándolo bien – una, dos o tres de mis enfermedades – se las pasaría con gusto a la nurse Rosita, otras a la enfermera Ethel y las que quedan a la doctora Firpo. *(de golpe al público)* Llevaron la cuenta de mis enfermedades? A qué no? Yo conté junto con ustedes cinco. Alguno siguió contando por su cuenta? *(se acerca al público)* A ver... Nadie por aquí? ... Y por allá? ... Tampoco? Nadie arriesga un numerito? *(ante el silencio o si alguien arriesga un número, ella dirá otro mayor)* Veintiuno. Veintiuna enfermedades. Una seguida a la otra en meses. Y algunas me las salteé para no aburrirlos: paperas, escarlatina, sarampión. Pavadas, como quien dice. Mi historia clínica debe tener más tomos que la mismísima Enciclopedia Británica. Mucho para una sola mujer, no? Hay alguien entre los presentes con algo siquiera parecido a lo mío? Alguno de ustedes fue operado alguna vez? *(según lo que le contesten, a ella, todo número le parecerá chico)*

Dos operaciones nada más? Operaciones – operaciones y enfermedades – enfermedades son las mías (*suspira distendida*) Aaahh... si me parece hasta mentira el estar hablando así con ustedes. Codo a codo. Mirádonos a los ojos. Puedo oír sus respiraciones y hasta olerlos. En este momento, ustedes y yo, somos como esos dueños de perros que se cruzan por las calles del barrio o en la Rambla y que no se conocen. No saben nada uno del otro. Ni el nombre, ni el estado civil y mucho menos la ideología o si trabajan o viven “al cuete”. Sólo saben y les importa el nombre y la raza del perro. (*imita a las dos personas*) “El mío: Colita. Y el suyo?” “Un Caniche Toy. Tiene nombre, apellido y árbol genealógico.” “Oh... Colita es marca perro” (*al público*) Y los dos, ésta y ésta, dicen a dúo. Como si lo tuvieran ensayado: “Los perros son los mejores amigos del hombre” (*como un aparte*) Puaj! Qué asco! Y, ella y él, con una recogida de caca de cada can – por supuesto que con sendas bolsitas de nylon – se despiden con el original: “Más conozco a la gente, más quiero a mi perro” y un hasta mañana con sonrisas de oreja a oreja. Los amos moviendo sus colas y los perros llevándolos a ellos y cada vez más humanizados. A mí me pasa exactamente lo mismo con ustedes. Lo único que en vez de hablar de perros que – por suerte – no tuve, no tengo ni tendré nunca porque me dan fobia, me nace hablar de enfermedades o de mi madre... (*se detiene brusca. Sorprendida*) Qué asociación fantástica que hice. Se lo tengo que contar a mi terapeuta. (*saca un celular y le manda rápida un mensaje de texto*) Hecho. Madre – enfermedad. Enfermedad – madre... Me sobran motivos para hacer tal asociación. Yo sí que me hago cargo de mis enfermedades. Pero, sucede, que la mayoría de esas enfermedades son hereditarias. Y de quién me vienen? De

mamita Berta. Todo es por culpa de ella. Por su herencia maldita. *(angustiada se acerca al borde del escenario)* Por casualidad, hay un médico en la sala? *(si alguien dice que sí:)* Ay, doctor, me podría dejar su número de teléfono o celular a la salida? *(si nadie dice nada:)* Ven? Es lo que yo siempre sostengo. Un verdadero médico tiene que ir a eventos. A un teatro, a conciertos, a vernissages. No sólo tienen que curar el cuerpo, deben curar el alma. Qué frase! ... Se las dejo de regalo. Yo soy así. Generosa. Cuando doy, doy! Les estoy hablando y mi cabeza está en otra cosa. *(va al bolso. Saca varias cajas de remedios. Lee el nombre de cada uno)* Benexol Be, Prednisona Cinco Miligramos, Imodium, Sheriproct, Voltaren, Efedrina, Lamisil, Incoril, Nitroderm... *(los vuelve a guardar rápida. Caminando con los ojos cerrados intenta repetir los nombres en orden)* Benexol Be, Prednisona Cinco Miligramos... Sheriproct... No, no. Antes iba el Imodium... O el Voltaren? *(abre los ojos)* Con qué facilidad me estoy olvidando de los nombres de los remedios. Eso no me pasaba antes. Yo los podía decir de memoria y en orden alfabético. Seguro que en esto y en las otras enfermedades tuvo su cuota parte importante mi querida madre. *(pequeña pausa)* Fui a verla. Hasta Artigas tuve que ir. Más precisamente a Bella Unión..., *(intenta risa)* Si hasta suena irónico: Bella Unión... Bella unión la nuestra? La de mamá Berta y la mía? El tener que ir a verla sin ganas y tan lejos, hizo que se me disparara a lo loco la presión. Fui obligada. Mi terapeuta, en la sesión pasada, me dijo: *(lo imita)* “No puede huir de su problema, Nora. Su pasado, su presente y su futuro tienen cara de mujer. Y esa cara se llama: Mamá Berta. Vaya”. Claro, para él es fácil. Es huérfano. No tiene una madre con Alzheimer. *(sentencia).*

Cuadrándose como un militar) “Herr Alzheimer, neurólogo alemán de nombre Alois. Nacido en 1864 y fenecido en 1915. Se le da su nombre a la demencia senil caracterizada por un deterioro intelectual, profundo y masivo que va acompañado por una desorientación témporoespacial”. *(todo lo anterior lo ha dicho rápido y de corrido. Toma aire. Sigue)* Así, el enfermo, va perdiendo todos sus recuerdos, uno a uno hasta llegar a ser una página en blanco. *(irónica)* Blanco como los copos de los campos de algodones. *(cambia)* Horas con el culo aplastado en un ómnibus viejísimo y sólo viendo como único paisaje: pasto y más pasto. Llegué molida, mareada, asqueada, enferma. Y después tuve que enfrentarme con mi madre. Que fue como enfrentarme con una pared. *(sentencia)* Mi madre, de joven, era linda. Delgada como un mimbre. Se casó tres veces, enviudó dos y antes, durante y después, tuvo todos los amantes que quiso. Enloquecía a los hombres, a las mujeres y a los animales. Ella no le hacía asco a nada ni a nadie. Sólo le molestaba una persona. Y esa persona era yo. A mí no me mostraba. Me escondía atrás de nanas, institutrices o sirvientas. Yo de chica ya era gordita, rellenita. Estaba con diez o doce kilos por encima de mi peso normal. Lo mío con mamá Berta fue una lucha cuerpo a cuerpo. Más me escondía ella, más comía yo. Mi madre no paraba en casa. Era como una visita. Las dos sabíamos una de la otra por fotografías. Las de ella, retocadas y con photoshop. Las mías tomadas desde el ángulo que acentuaba más mi gordura. Mamá Berta estaba hoy en Europa, mañana camino a Las Vegas y pasado mañana rezando en la India. Se tuteaba con presidentes, príncipes y duques. Salía en la “Hola” española y en la “Vogue” francesa... Y lo qué es la vida, no? *(con sonrisa maligna)* Terminar así. Sola. Con Alzheimer y viviendo en

Bella Unión que es, poco más, que vivir en el culo del mundo. Pero es como yo digo: acá se hacen y acá se pagan. De todas las estancias que tenía – o establecimientos rurales, como le gustaba decir a ella – justo le vino a dar ese ataque allí, en la que quedaba más lejos. A mamá Berta siempre le gustó estar a la moda en todo. Entonces, cuando la cresta de la ola dictó tener estancias, criar caballos árabes e inseminar vacas y ovejas, ella estuvo ahí entre los primeros. Establecimientos rurales con nombres de flores o en francés. El de mamá Berta se llamaba: “Le petit Paris” ... Mucho nombre en francés, sí, pero con olor a bosta oriental. El ataque que tuvo no fue por una sequía ni por tener que usar el rifle sanitario. Fue porque Ramiro, su último marido, la dejó por la cocinera de “Le petit Paris”. Una criolla, muy parda ella, y con su olor donde se mezclaban, por igual el de las empanadas con los ticholos. Se ve que Rubén – que era más joven que mamá Berta y menor que yo – se cansó de los regímenes de apio con lechuga que le imponía mi madre y los cambió por los succulentos guisos carreros de Olga. *(pausa corta. Se pasa la lengua por los labios)* No lo culpo. Yo hubiese elegido lo mismo. Olga se llamaba la parda. Ahí descubrí que no todas las pardas se llaman Flora. Dicen, los testigos, que mamá Berta los encontró con las manos en la masa *(rie)* Y la masa se llamaba Olga. Mamita gritó, insultó, pataleó y después se quedó dura. Con la vista fija en nada y con un largo hilo de baba colgándole de los labios. Estuvo... *(gesto con las manos)* ... así. Así, eh, de salir en el noticiero local. Qué “Vogue” ni “Hola”; casi fue noticia en un canal bayano. Qué lástima que no lo fue. Eso la hubiera matado instantáneamente y a mí me hubiera ahorrado el viaje. Pero... todo sea por los consejos de mi terapeuta. Por San Freud! Igual ya me las

va a pagar él también. Con todo esto, no me va a poder dar el alta hasta quién sabe cuándo. *(de uno de sus bolsillos saca un pañuelo y hace como que se enjuga una lágrima)* Mamá Berta se está yendo día a día... *(se recompone. Tono melodramático)* Yo, por imposición de mis padres no fui a la Escuela ni al liceo público. Menos a los privados. La escuela y el liceo vinieron a mi casa. Habrá sido porque ellos no querían que el mundo viese mi gordura? Durante más de catorce años maestras, profesores y tutores me llenaron de conocimiento. *(otro tono y acompañando con gesto)* Cómo me llenaron! *(señala su cabeza)* Hasta acá. Pero todos, desde la maestra jardinera hasta el último profesor de liceo, fueron sobornados por mí. Yo les... digamos... sustraía dinero a mis padres y después... digamos... se los regalaba a los docentes a cambio de comida. Y así – de contrabando – entre lecciones de gramática o trigonometría, ellos me traían: pizzas, tortas fritas, algún chorizo al pan... Madame Elsa me marcó a fuego. Ella – aparte de enseñarme el francés – venía con baguettes y con croissants rellenos que para mí, hasta hoy, son inolvidables. Será por eso que el francés es mi segunda lengua? Hablando de lengua, siento que la mía está muy cargada. *(saca un espejito. Se mira la lengua)* Este color verdoso no me gusta nada. *(se la toca)* Será lepra? *(en francés)* “En fin.” “Domaine” lo pensaré. Lo bueno es que tanto Madame Elsa como los otros docentes descubrieron en mí una veta de escritora. Yo – entre budines ingleses y magdalenas – escribía sonetos, odas y redacciones bellísimas. Por eso me atreví a garabatear unas humildes líneas. En ellas confesé lo que tantas veces quise decirle a mamita. *(del bolso saca un pergamino de color. Lo desenrolla. Lee impostada y con ademanes, en francés. A poco se detiene.*

sonríe) “Pardon”. No todos dominan el idioma galo. Retomo en vulgar castellano: “Madre! Madre mía. Ocho meses navegué por tu vientre seco. Madre, no oías mi desesperado eco? El que te pedía: pan, carne, huevos y sal. Pero tú, Mamá Berta, sorda a mis reclamos querías ser flaca como una estaca. Lucir como una bailarina y ser del ballet la más delgada. Me negaste así las blancas harinas, las ricas proteínas y las buenas vitaminas. Me pariste rápido y con asco. Mi revancha fue perversa: mi boca no dejó títere con cabeza. Y comí de todo, mami, hasta pasto. Me diste la vida y este pan amargo. Más yo te quiero, madre. Mucho te quiero. Hasta el cielo.” *(marca una pausa importante. Luego con énfasis:)* Fin. *(saluda y mientras va enrollando y guardando el pergamino, informa al público)* Para quien quiera llevar consigo estas sencillas estrofas hice muchas fotocopias. Están en boletería. *(baja los ojos)* Perdón. Sigo con lo de mi madre. *(se señala)* Yo, Nora, con más de diez horas de viaje. *(baja sus hombros)* Con el mismo culo aplastado y muerta de calor. *(señala hacia otro lugar)* Ella, mamá Berta, fresca como una lechuga. Sentada bajo la sombra de un parral en flor. Vestida de punta en blanco. *(corre de un sitio a otro “interpretando” los dos papeles)* Me miró. Yo la miré. Me mira y no me conoce. Yo busco su mirada. Ella la aparta. No habla. No me habla. Yo aprieto mis puños con fuerza. Ella, en una de sus manos, tiene un ridículo pañuelito bordado con punto cruz y con el que se seca la comisura de sus labios rojos tan bien pintados como siempre. Por un momento – que me pareció eterno – me vi reflejada en sus ojos vacíos. Eramos, otra vez y como antes, dos mujeres frente a frente. Una, yo, la gorda, la transpirada, la del pelo pegado a la cara por el sudor. Ella, la otra, bellísima, pintada y vestida como para salir en un reclame. Envuelta en

un perfume intenso que podía ser el de ella o de las flores del parral y apretando ese pañuelo tan maricón contra sus labios pintarrajeados casi ... casi como con una picardía obscena ... Y me fui de mambo. Me oí. Me vi. Me sentí gritándole: “La concha de la lora.” Y ella, la siempre bella, me reconoció y sonrió: “Sos tú, Norita? Siempre la misma boca sucia” Y me dio un golpe fuerte acá, *(se toca la boca)* igual a cuando era chica y – según ella – yo decía malas palabras. Después se atajó con la misma mano, tapándose la cara esperando mi golpe. Se largó a llorar y entre hipo y mocos, repetía: “Tú eres mi mamá?” *(el relato la va “llevando” y se compromete afectivamente. Lo cuenta más para ella que para el público)* Nunca la había vista llorar... Entonces la abracé fuerte. Y fuerte la acaricié. Tanto que con el sudor de mi mano le borreé el maquillaje verde de los ojos, el negro del rimmel de las pestañas y el rojo rubí de los labios y cachetes. La acuné y le dije bajo, muy bajito: “Sí, yo soy tu mamá, Bertita. Soy tu mamá” ... Y ella, Berta, mi madre, se fue quedando dormida entre mis brazos. Casi como una hija... Casi como una cosa... Algo extraño contra mi pecho, algo que yo no quería... Cerré los ojos por un momento. Los apreté con fuerza. Con mucha fuerza. Para no verla así a ella y para no verme a mí así. Cuando los abrí el fuerte resplandor de ese sol del norte me hizo ver todo borroso. Sobre todo a las dos o tres figuras que corrían tratando de esconder los bultos que se llevaban. “Le petit Paris”, el orgullo de Bella Unión de mamá Berta, ya casi era una tapera. Los pocos extraños que la cuidaban fueron robando todo. Así – a vuelo de pájaro – vi que faltaban cubiertos, adornos, cuadros, muebles, alfombras, cortinas... *(acariciando torpemente a la madre)* Pero, algo habrás hecho mamá Berta para merecer todo esto, no? Yo, con

esa visita, con el verso y el abrazo ya cumplí. Así que... así que... *(la voz de Nora casi no se escucha. Ahora, por un momento, mueve los labios sin emitir sonido igual que al comienzo de la obra. Queda en pose fija. Los brazos a lo largo del cuerpo. Una pausa larga. Desde distintos sitios de la sala se oyen – en vivo – unos ruidos discretos, alguna risa nerviosa o burlona y golpes de pies contra el piso. Nora, antes estos ruidos externos arquea – tensa – su cuerpo. Gira su cabeza hacia donde salió el sonido de la tos. Desde otro sector de la platea se oye un fuerte estornudo que la sobresalta. Nora busca cada vez más agitada. La tos, la risa, el estornudo y los golpes de pies ahora todos juntos, al mismo tiempo. Ella reacciona casi feroz y se enfrenta al público)* Por qué...? Por qué me hicieron contarles estas cosas que nadie sabe ni supo nunca? *(los mismos sonidos anteriores comienzan a pasarse grabados y se van intercalando en el discurso de Nora)* Cosas que nunca se las dije a nadie... Que son sólo mías. Cosas que pensé siempre y que siempre me las callé. Nadie oyó mi voz contándolas. Me las tragué. Las tapé con mi gordura. Debajo de capas y capas de grasa... *(van apareciendo sonidos nuevos que se agregan a los otros. Sirenas de ambulancias y de patrulleros, silbidos de cohetes lanzados que recuerdan bombas, gritos apagados y palabras que no se entienden)* Alguno... alguno de ustedes es más fuerte que yo... O todos... Todos ustedes juntos son los fuertes... Los que me enferman... Todos juntos se confabularon para hacerme confesar lo que no quiero. Nunca quise hablar de mi vida... Me partieron en dos... *(se lleva una mano a la garganta)* Uno de ustedes – o todos – trajo un microbio... Uno nuevo capaz de resistir todas las capas... Acá, ahí, allí hay un virus... Un virus que nos va a matar

a todos... No se dan cuenta? Sus narices no lo huelen? No se les seca la garganta? No sienten que se les agrieta la piel? No se les abre el pecho? No... no... No es bueno que uno cuente su verdad. Hay que mentir. Hay que mentir siempre. Hay que mentir para que te acepten ... *(los sonidos van aumentando y obligan a que Nora levante su voz)* Plagas ... plagas como la gente que espía, como la que critica, como la que se burla del diferente, del distinto ... del gordo... Plagas son plagas. Igual que la gente que escucha a escondidas, como las que saben palmo a palmo la vida del otro y la repiten y la cuentan o la inventan... *(su discurso se va rompiendo. Ya no dice frases. Sólo una suma de palabras sueltas. De un bolso saca unos guantes de látex. Se los va poniendo mientras habla)* El cáncer... los virus de los laboratorios... las enfermedades de probeta... *(se cuelga un barbijo al cuello. El último elemento que se pondrá será una cofia de enfermera, que en lugar de la cruz roja tiene estampada una esvástica tan dorada y brillante como su cinturón)* ... las discriminaciones... las guerras... el hombre matando al hombre... Schist... *(se pone el índice sobre su boca copiando el conocido aviso que hay en todos los centros de salud)* Schist... *(habla bajo, casi con aliento, mientras retrocede hasta el panorama. O, sino, estos parlamentos se pueden pasar grabados con la voz de Nora sin ningún ruido alrededor)* Tengan cuidado con las moscas, los mosquitos, las cucarachas. Vuelvan a sus casas. Enciérrense con doble llave. No confíen en amigos. Ni en hijos, maridos, padres o madres. No enciendan los televisores ni la computadora. No contesten teléfonos ni celulares... Schist... *(Nora está quieta contra el blanco panorama del fondo. Sólo sus ojos se mueven y revelan la angustia y el miedo del personaje. Como una letanía repite*

sus últimos parlamentos cada vez más bajo. Vuelven los sonidos grabados. Suben hasta el paroxismo y apagón final.)

FIN